

La Cuaresma

Cuarenta días de corazón adentro

Por ANA MARÍA BALDRICH
GISELLE GRASS

*«En el tiempo de gracia te escucho, en el día de la salvación te ayudo.
Pues mirad: es el tiempo de la gracia, ahora es el día de la salvación»
(2 Cor 6, 2)*

Con la celebración del Miércoles de Ceniza, el 25 de febrero de este 2009, damos inicio a la Cuaresma, es decir, 40 días de preparación para la celebración de la gran fiesta de la Pascua (fiesta del *paso* o del *tránsito*), en la que celebramos el triunfo de Cristo sobre la muerte con su resurrección, y su paso glorioso de este mundo al Padre, dándonos la salvación, la felicidad eterna. Pues el hombre que por la fe está en comunión con Cristo, por su gracia es capaz de eliminar el pecado y resucitar a una nueva vida, para adentrarse en la comunión con Dios. De manera que no podemos comprender el significado de la Cuaresma sin entender el significado pleno de la Pascua.

En verdad, Pascua es salir de las tinieblas a la Luz, dejar la prisión que padecemos para alcanzar la libertad, es contemplar la cruz salvadora de Jesús. Pero ¿tiene caso la redención para aquel que no ve las fuerzas que lo oprimen, tiene sentido la salvación para quien no se sabe perdido? Primero es preciso saber distinguir entre lo que da claridad y lo que da sombra a nuestras vidas, reconocer lo que está bien y lo que no lo está y así poder huir de todo lo que nos daña y aleja del camino que Dios tiene trazado para cada uno de nosotros, aquello que no trae felicidad. En cambio, debemos buscar y apegarnos a lo que nos hace crecer como personas, que nutre nuestra espiritualidad, agrada a Dios, abre los ojos y nos devuelve la paz.

En la sociedad cubana de hoy, el concepto de pecado tiende a verse un tanto relativizado. Su verdadero sentido se pierde, muchas veces, entre los vericuetos o enredos de la conciencia, donde se suele confundir lo que es incorrecto con lo que es normal. Existen aún conciencias en las cuales no hay lugar para palabras como santidad, misericordia, perdón y justicia. Son las mismas conciencias que viven momentos de sobrevivencia y no de vivencias, en un escenario perfecto para la desesperanza.

¿Qué hacer? ¿Ponerlo todo en manos de Dios? La respuesta que tiene el Señor para nosotros ante el sufrimiento (el pecado) es el poder del Amor sobre el odio y la maldad. La Cuaresma es ocasión para escuchar el llamado que Dios hace a su pueblo de tomarse un tiempo en meditar sobre la pasión, muerte y resurrección de Jesús, dejarnos Purificar y Santificar a través de su entrega. Si somos el centro de la creación y tenemos capacidad para enmendar errores, talentos para cambiar el mundo, poder sobre los animales, pero,

además, estamos llamados a ser luz e iluminar y cuando se enciende una vela, no se esconde debajo de una olla, sino que se pone sobre un candelero para alumbrar a todos en la casa (Mt 5,15), debemos, pues, mostrarnos solícitos, sentirnos convocados y nadar contracorriente. Que de igual manera brille la luz de ustedes ante los hombres, para que viendo las obras buenas que ustedes hacen, den gloria a su Padre que está en los cielos (Mt 5, 16).

¿Qué es la Cuaresma?

La podemos calificar como un gran *retiro espiritual* colectivo, prolongado durante 40 días que se inicia, como dijimos anteriormente, con el Miércoles de Ceniza hasta las primeras horas de la tarde del Jueves Santo. Es un tiempo para hacer morir con Jesús todos nuestros egoísmos, rencores, nuestra falta de esperanza y de amor... en fin, todo aquello que nos arruine la vida y muy probablemente la de los que nos rodean, resucitando con Cristo a un nuevo proyecto de existencia que quiere conducirnos a una vida en plenitud.

A diferencia de la Navidad, la Cuaresma es un tiempo para el recogimiento, en el cual se experimenta otro tipo de regocijo más íntimo y personal, de corazón adentro. Espacio en el que se impone el retirarnos para buscar a ratos la presencia y el diálogo interior con el Padre que siempre espera. No se trata de aislarnos de la realidad que nos agobia o de caer en un total hermetismo; por el contrario, es permanecer en constante atención con la vida cotidiana, contemplarla tal y como es, y vivir nuestro propio mundo compartiendo cada paso que damos, oficio o labor con el Señor.

El gran tema de la Cuaresma, aparece reflejado en el número simbólico de 40. Número muy frecuente y elocuente en la Biblia, que expresa la vida humana en la prueba, en la purificación y en la propuesta que Dios nos hace para entrar a la tierra prometida.

En el *Antiguo Testamento* vemos que 40 fueron los días del diluvio (*Gen 7, 17*), y cuarenta los años de Israel en el desierto en su caminar hacia la tierra prometida (*Dt 1, 1-3*). Cuatrocientos fueron los años que vivió el pueblo judío como esclavo en Egipto (*Gen 15, 13*). Cuarenta fueron los días que esperó Moisés antes de recibir Las Tablas de la Ley en el monte Sinaí (*Ex 24, 18*) y cuarenta días caminó el profeta Elías a través del desierto hasta llegar al monte Horeb, para escuchar a Yavé, y recibir de Él la fuerza necesaria para llevar a su pueblo su mensaje (*I Re 19, 8*).

Finalmente, y ya inmersos en el *Nuevo Testamento*, vemos que 40 fueron los días que Jesús permaneció en el desierto antes de iniciar su misión. Cuarenta es el número de la tentación y la gracia, de la fidelidad o del retorno a la esclavitud y a las mentiras de Egipto... en el hoy, el regreso a la esclavitud del materialismo consumista y hedonista, de satisfacciones engañosas y efímeras. Es el tiempo para definir el código del nuevo proyecto de las tribus de Israel... que es el código de las bienaventuranzas de Jesús (*Mt 5, 1-12*) (*Heb 3, 10-17*).

Significado

La Cuaresma como tiempo litúrgico recoge una antiquísima tradición eclesial que se remonta a inicios del siglo IV y que, de manera diáfana y precisa, el Concilio Vaticano II señaló la doble dimensión que caracteriza ese tiempo: la bautismal y la penitencial. Asimismo, subrayó que se trata de un tiempo de preparación para la Pascua en un clima de escucha atenta a la palabra de Dios y de oración, así como a las obras de misericordia.

En lo referido a la dimensión penitencial, no es tanto la penitencia corporal lo que interesa subrayar, como la conversión interior del corazón. Los textos bíblicos, extraídos muchos de ellos de la literatura profética, orientan la actitud cuaresmal de cara a una profunda purificación del corazón.

Ayuda en ese sentido examinarnos a nosotros mismos, para descubrir todo aquello que estorba, los lastres tan molestos que suelen entorpecer nuestra existencia, especialmente los emplastos de apariencia engañosamente insignificantes, como bien pudiera ser un viejo rencor, o una simple blasfemia. Quedar limpios y bien ligeros de peso, dispuestos para agradar al Padre y mejores amigos de nosotros mismos, es lo que resulta de este ejercicio que, a fuerza de practicarse, ofrece frutos incontables.

La verdadera conversión a Dios se manifiesta a una apertura generosa y desinteresada hacia las obras de misericordia: compartir con los pobres, y comprometerse solidariamente con ellos; visitar a los enfermos, atender con generosidad las necesidades de los menesterosos. En definitiva, la Cuaresma se entiende como una lucha contra el propio egoísmo y como una apertura a la fraternidad. A partir del reconocimiento de nuestra condición de pecadores y sometiéndonos, con la ayuda de la gracia de Dios, a un serio proceso de revisión y renovación, es posible hablar de una verdadera conversión e iniciar el camino que nos lleva a la Pascua.

En lo que concierne a la dimensión bautismal, al introducirse la renovación de las promesas bautismales en la vigilia pascual y el bautismo de adultos, la Cuaresma actualiza su impronta como plataforma para la preparación bautismal. Aun en el caso de que no se prevean bautismos para la noche de Pascua, siempre urge la preparación bautismal de toda la comunidad cristiana a la renovación de las promesas bautismales que tienen lugar en esa noche. De este modo, la Cuaresma se convierte en un tiempo de reflexión en el cual todos los fieles asumen conscientemente su condición de bautizados, hacen balance del cumplimiento de sus compromisos y deciden ratificar solemnemente su proyecto de vida cristiana al renovar las promesas bautismales en la vigilia pascual.

Vivir la Cuaresma en familia

Hemos intentado esclarecer el significado y sentido de ese tiempo que los cristianos conocemos como Cuaresma, los 40 días que anteceden al triduo pascual y hemos visto que la misma nos introduce en la celebración, cada año más intensa del Misterio Pascual de Cristo, su paso triunfal de la muerte a la Vida, el gran suceso de la historia, acontecimiento de salvación por excelencia. Acto vital, dinámico del Dios poderoso que

nos salva de la muerte por la muerte de su Hijo y nos introduce en la vida por la vida nueva de Cristo.

Para la familia, como Iglesia doméstica, este es un período de meditación intensa y profunda, primero a nivel individual, y luego en comunidad familiar, adecuando renacer con Cristo a la vida plena, desde nuestros días terrenos.

Para ello necesitamos de la oración, de ese encuentro cercano y sincero con Dios, donde en primer lugar, rogaremos para que nos envíe su Santo Espíritu, que nos ayude a reflexionar sobre nuestro comportamiento como cristianos, sobre el cumplimiento de nuestras promesas en el bautismo, así como para que nos auxilie en nuestros propósitos de renovación interior. Para ello la lectura en oración de la *Sagrada Escritura*, nos debe servir de guía y ayuda.

Durante este cuestionamiento resulta importante incluir, como integrantes que somos de una familia, qué actitudes debemos cambiar para contribuir a que la misma sea lo que debe ser: comunidad de vida y amor, y que como tal cumpla su función de formadora de personas, sirviendo a la vida, participando en el desarrollo de nuestra sociedad y en vida y misión de la iglesia. Debemos, además, esforzarnos por encontrar y crear esos espacios para la lectura en oración de la Palabra en familia, especialmente en este tiempo de gracia que es la cuaresma. Recordemos siempre que *familia que reza unida, permanece siempre unida*.

Este camino, que es la Cuaresma hacia la Pascua, nos puede ayudar a renovarnos interiormente mediante acciones que tiendan a fortalecer nuestro carácter y a minimizar nuestros egoísmos y mezquindades. En este sentido mucho nos puede auxiliar la realización de obras de piedad como visitas a enfermos, a ancianos que estén solos, la ayuda a familias necesitadas, entre otras, así como la privación de algunos gustos, preferentemente en favor del otro. Comenzar por las pequeñas cosas, los detalles más sencillos en medio de la vorágine del trabajo o del tormento diario por lograr la satisfacción de nuestras necesidades; no olvidarnos de dar sinceramente los buenos días con la mejor de nuestras sonrisas; solicitar los favores, no demandarlos imperativamente y, con la misma premura, agradecerlos siempre, en especial si se trata de los ancianos o los niños; los primeros por respeto a los años que nos entregaron y los segundos por respeto a los años que han de entregarnos.

Propongámonos aprovechar este tiempo de gracia, que es la Cuaresma, para convertir nuestro corazón y renovar las promesas del bautismo, renaciendo a una vida más plena, tanto en lo personal como en lo familiar, contribuyendo con ello a que nuestra familia sea un modelo atrayente de virtudes humano-cristianas para las demás familias y para las jóvenes generaciones que nos rodean. Hogar donde se respiren paz, felicidad, optimismo y esperanza, porque Cristo, que venció a la muerte, reina entre nosotros.

Que el ejemplo de María, como madre de familia, esposa, mujer consagrada a Dios y apóstol del triunfo de Cristo resucitado nos aliente en este año que comenzamos a prepararnos para celebrar los 400 años de su presencia entre nosotros, los cubanos, como Madre del Amor, o sea, de la Caridad.